

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año V.

Murcia 26 de Febrero de 1893.

Núm. 149.

Suscripción: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

MARIANO PADILLA, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 15 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

Donde menos se piensa salta un poeta.

Y digo esto, porque ayer se me reveló uno algo feucho, de mirar triste, pelo lacio y boceras en su lábio impuro.

Pues bien, á pesar de todo, este joven dió á entender que tenia estro.

Y dijo:

Oh caballero, usted que escribe en LA JUVENTUD LITERARIA, tendrá la amabilidad de insertarme uno de mis retazos escrito en noche de insomnio y bajo la presión de la fiebre incoñume de la idea.

¡Oh, señor Ricardito! en sus manos encomiende mi retazo.

Y sacando de un portamonedas verde un papel amarillo, me lo entregó poniéndose encarnado.

Aquello me pareció un arco iris.

El joven macilento desapareció entre la bruma de los barrenderos.

Maquinalmente desdoblé el retazo y lei lo que sigue:

RETAZO.

Dicen los del don postizo que los demas, nada son, Adán fué hombre y no tuvo don y á todos los hombres hizo. Ninguno somos mestizo.....

Al llegar aqui tembló la torre, oscilaron los poetas célebres en sus sepulcros de piedra, y se salió de madre la acequia Mayor.

Aquello más que retazo me pareció un retazo.

Pero eso no me impide dar cabida en LA JUVENTUD á las líneas que ya he copiado.

Y á otro asunto.

* * *

Siguen repartiéndose cédulas personales.

Sigue la gente no queriéndolas tomar. A esto seguiran los embargos.

Y como esto siga así, donde vamos á parar!

¿Ven ustedes? ya hago yo versos tambien.

Es decir, ya retazo.

* * *

No quiero terminar este palique sin dar la más cumplida enhorabuena á los bien aventurados que han sido elegidos para desempeñar las plazas de temporeros de la Exema. Diputación Provincial de Murcia.

Este párrafo hay que leerlo sin respirar.

* * *

El frio ha vuelto otra vez á molestar-nos.

Así, duro.

¡Maldito sea el frio!

Y Dios bendiga las capas de peso.

Oh, grata prenda.

En el invierno nos prestas el dulce calor.

En el verano te empeñamos.

* * *

Ya no me queda mas que decir. Y con tan plausible motivo se despide de ustedes hasta el domingo próximo.

RICARDITO.

POR IR AL BAILE

I

..... lo mejor que debes hacer es acostarte.

—No, Isabel de mi vida, no quiero separarme tan pronto de tu lado.

—Pero ¿y si te pones peor?

—Tienes razon; iré á acostarme á ver si de ese modo descanso, pues tengo un malestar tan grande que no me puedo tener.

—Entonces hasta mañana.

—Adios Isabel.

—Que te mejores, Ramon.

II

Te estábamos esperando con impaciencia; nos creíamos que nos ibas á faltar.

—Ya habeis visto que no, y cuando un amigo dice: esto se hace, sabeis que yo pongo de mi parte todo lo posible por darle gusto. ¡Prueba al canto; me he dejado á mi novia diciéndole que estaba enfermo, por complacerle.

—De manera que, puesto que todos estamos conformes, á las nueve y media nos veremos en el Ateneo.

—Entonces, hasta luego.

—Ados, señores.

—Adios, Ramon.

III

No me hice esperar.

Antes de las nueve y media ya estaba en el Ateneo esperando á los demás amigos, y para que el tiempo no se me hiciera largo le dije á Ballesta que me sirviera café.

Estaba saboreando el rico Moka, cuando entró uno de los amigos, Paco Ayuso, que abrazándome con alegría, me dijo:

—¡Qué mujeres! ¡qué mujeres!

—¿Pero qué, hombre, qué?

—Nada, que esta noche vá á estar esto de primera.

—Sí, ¿eh?

—Ya lo creo.

—A todas las nenas que vengan se les darán pomos de flores, y despues un dulcecito.

—¡Magnífico!

En esto entró el amigo Delgado, (boticario de primera) con sus guantes de color de canario (tambien de primera).

—Caballeros y hombres buenos—exclamó.

—Bien venido el farmacéutico—dijo yo.

—Oh, mio caro amico—contestó Ayuso.

Y entablamos una conversacion sobre las máscaras que irian á dar el último adios al Carnaval con el baile de Piñata.

En el reloj de la Catedral daban las diez y en ese momento penetraban por el salon de la aristocrática y antigua casa de los señores de Zarandona, una multitud de máscaras luciendo ricos y caprichosos trajes.

Abandonamos nuestros asientos, y presurosos nos dirigimos al salon.

Diez minutos despues, era imposible poder contemplar detenidamente las bellezas que ocultaban los sencillos y elegantes trajes.

De todas las que se encontraban en la sala, me llamó la atencion una gitana de pp y doble u, que con seguridad hubiese resucitado á un muerto si le dice la buenaventura.

¡Qué gitana, Dios mio, qué gitana!

En esto se me acerca y me dice:

—Chavocito, ¿no bailas?

—Ya lo creo que bailaré; pero contigo.

